

conseguir por estos medios hacer su feudatario á Ixtlixochitl, como vamos á ver.

CAPITULO XXIX.

*Piensa Tetzotzomoc en declararse supremo monarca, y le disuaden sus parciales: envia tercera vez algodón á Ixtlixochitl para que le fabriquen mantas, y este responde airado, y resuelve la guerra. Comiézanse las preveniciones para ella de una y otra parte, sin formal declaracion.*

Engañóse la soberbia del rey de Azcapuzalco con el disimulo de Ixtlixochitl, lisongeándose de haber ya conseguido su arrogante intento con tan fútiles medios; y viendo la puntualidad con que habia sido obedecido en la segunda remesa de algodón, y que el emperador no se daba por entendido en orden á la instancia de que le coronasen, juzgó que ya estaba en estado de declararse por supremo monarca, y llamando á los reyes de Méjico y Tlatelolco, les dió noticia de lo que habia ejecutado, y de la sumision y prontitud con que Ixtlixochitl le habia obedecido, y á su ejemplo los reyes y señores sus aliados, obligando á sus respectivos vasallos á fabricarle las mantas, sin atreverse á volver á hablar en la pretencion de su coronacion; y así le parecia conveniente declararse ya, enviándole á decir que anualmente le enviaria la cantidad de algodón que tuviese por conveniente de la que sus vasallos y los de los demas reyes y señores sus amigos, particularmente los de los aculhuas, le fabricarian las mantas y demas ropas que pidiese, sin pretender por esto paga ni extipen-

áo alguno, como no lo habian pretendido en las dos ocasiones anteriores, sino ejecutándolo por via de reconocimiento y feudo á su supremo dominio.

No les pareció bien á los reyes de Méjico y Tlatelolco este pensamiento, y así procuraron disuadir de él á Tetzotzomoc, representándole que esta era una declaracion tan violenta é inusitada, que era fuerza que causase mucha conmocion, pues aunque Ixtlixochitl no habia vuelto á hacer instancia alguna en orden á que se le reconociese por supremo monarca, no estaba tan abatido que no se hubiese de creer que habia abandonado esta pretension, y cuando así fuese era lisongearse facilmente el persuadirse á que, despojado de este honor de que gozaron sus mayores, condescendiese luego en pagar feudo al rey de Azcapuzalco, solo porque en las dos ocasiones en que se le habia remitido el algodón como por via de súplica habia hecho fabricar las mantas, y así eran de parecer que se estuviese quedo, y continuase á enviar todos los años el algodón, hasta que insensiblemente se fuesen acostumbrando á sufrir esta pensión, y entretanto él aumentando de fuerzas y poder, procurando ganar para sí á los señores que favorecian el partido de Ixtlixochitl, se pusiese en estado de obligarle á ello en caso de resistirlo.

Cedió Tetzotzomoc al dictámen de los reyes, y el año siguiente de 1412, envió á Ixtlixochitl otra cantidad de algodón mayor que la de los años anteriores, sin mas expresion que decir que lo enviaba, para que con toda prontitud se le fabricasen la cantidad de mantas que produjese de tan buena calidad como las de los años pasados, repartiendo entre los señores sus amigos

el dicho algodón, para que igualmente trabajasen los vasallos de todos en la fábrica de las mantas.

No pudo ya sufrir Ixtlixochitl tanto atrevimiento, y así respondió á los mensajeros de Tetzotzomoc: „Decid al rey vuestro amo que he recibido el algodón que trajisteis, y se lo agradezco, por que lo repartiré entre mis vasallos, para que hagan sayos de armas y otros aderezos de guerra que necesitan, para servirme en campaña y ayudarme á sujetar rebeldes, que negándome el vasallage que me deben, no solo se escusan de jurarme y reconocermé por supremo señor de toda esta tierra, sino que tienen desvergüenza y atrevimiento para pretender que yo les tribute. Que si tiene mas algodón que me lo envíe que no dejarán de aprovecharlo mis vasallos para el dicho uso, aunque estoy seguro que su valor y esfuerzo es suficiente á defenderlos de las flechas de mis enemigos, sin necesidad de sayos de armas; mas con todo, siendo estos fabricados del buen algodón que envían los tecpanecas, saldrán á campaña lucidos y galanes.”

Confusos partieron los mensajeros con esta respuesta, y habiéndola dado á su señor Tetzotzomoc, se quedó este por un gran rato suspenso y pensativo, y vuelto de su sorpresa, hizo á los mensajeros diferentes preguntas de lo que habian observado en el semblante y acciones de Ixtlixochitl, en el aparato de su corte y otras cosas semejantes. Al dia siguiente hizo llamar á los reyes de Méjico, á los demas señores sus aliados, y á los principales caballeros de su corte, y teniéndolos juntos en su presencia, les dió puntual noticia de todo el suceso, refiriéndoles la respuesta de Ixtlixochitl, ponderando su atrevimiento, por lo que se hallaba ya resuelto á

valerse del poder de sus armas, para sujetar su altivez, y obligarle á que le reconociese por supremo monarca de la tierra; y así les exhortaba á que sin pérdida de tiempo aprontasen las tropas con que habian de auxiliarse, para ir sobre Tezcoco con el mayor poder que fuese posible, y que una vez conquistado dividirían en tres partes los estados de Ixtlixochitl y de los señores sus aliados, de las que tomara una para sí, y las otras dos serían para los dichos reyes de Méjico y Tlatelolco, separando algunas poblaciones que repartir entre los demas señores que concurrían con sus personas y vasallos á ayudarle.

Mas de fuerza que de grado condescendieron todos en la propuesta, y partieron desde luego á sus estados á levantar gente, y hacer las prevenciones necesarias, procurando guardar el mayor sigilo, para coger de improviso y desapercibido á Ixtlixochitl. Mas este determinado ya á declarar la guerra al de Azcapuzalco, convocó á su corte á los señores sus aliados, que fueron Paintzin, rey de Cohuatlican; Tlacotzin, señor de Huexotla; Tomihuatzin, de Cohuatepec; Ixcontzin, de Iztapalocan; Tochintzin, de Tepepolco; Omacatzin, de Tlamanalco; Cacamatzin, de Chalco; y algunos otros señores, caballeros y gente ilustre, así de los estados de Tezcoco, como de los de dichos señores sus aliados, y tambien de los estados y tierras de Chihuitlan y Acolman, pero no al señor de este último estado, por desconfiar de su amistad, respecto á ser nieto de Tetzotzomoc, llamado Teyococohuatzin.

Concurrieron pues á Tezcoco, y teniéndolos en su presencia les dió noticia de todo lo acaecido con el rey de Azcapuzalco, quien engreído en su poder y alianzas,

y en la veneracion y respeto que su edad y astucia le habia conciliado, aspiraba abiertamente al supremo señorío de estas regiones, pretendiendo no solo que le reconociesen vasallage todos los señores que hasta entonces habian sido feudatarios del imperio, sino que él en quien habia recaído por justo derecho la corona imperial, y por tanto en vida del difunto emperador, en las últimas cortes que celebró, habia sido reconocido por su legitimo sucesor, le pagase tambien tributo, y se reconociese feudatario suyo, sin mas causa ni título que satisfacer á su ambicion. Que este habia sido el motivo de haber diferido por tanto tiempo con frívolos pretextos la solemnidad de su coronacion, lo que él no hubiera consentido, á no haberse hallado falto de amigos y aliados, que, unos por temor de Tetzotzomoc, otros por lisonjearle, y otros por sus propios intereses, le habian abandonado; y aunque hasta entonces no se le habian declarado enemigos, tampoco se le habian manifestado parciales. Mas estando como estaba resuelto á valerse de las armas y declarar la guerra á su enemigo, los habia conocado á su corte, para que en primer lugar le jurasen y coronasen solemnemente como á los emperadores sus antepasados, puesto que le habian reconocido por legitimo sucesor á la corona en vida de su padre; y si algunos de los circunstantes reusasen hacerlo por temor de Tetzotzomoc, desde luego se retirasen del còngreso, que él con los pocos que le quedasen parciales, con el poder de su brazo y la fidelidad de sus súbditos, confiaba reducir á su deber, en primer lugar al rey de Azcapuzalco, y despues de él á todos sus aliados. Que los que cumpliendo con su obligacion le jurasen y reconociesen por legitimo emperador, ya ve-

rian la obligacion en que estaban en las circunstancias presentes de ayudarle con todo su poder y fuerzas en una guerra tan justa como la que emprendia.

Aunque habia en el còngreso algunos que secretamente favorecian el partido del de Azcapuzalco, ninguno se atrevió á declararse, y todos unánimes respondieron que estaban prontos á presentarle el homenaje, y reconocerle nuevamente por su supremo emperador; pero que no era justo ni decente que la coronacion de un tan gran señor como él no se celebrase con igual pompa y solemnidad que las de sus mayores, y que estando la tierra tan revuelta, no era posible ejecutarlo ahora como se debia. Que lo mas conveniente y preciso en el dia era sujetar el orgullo del rey de Azcapuzalco y sus aliados, reduciéndolos á la debida obediencia, para cuyo efecto estaban prontos á ayudarle con sus personas y vasallos en la ocasion presente, hasta perder las vidas en defensa de la justicia de su causa.

No tuvo por conveniente Ixtlixochitl estrecharlos mas por entonces en el punto de la jura; y dándose por satisfecho de sus razones, les tomó la palabra del socorro de tropas para hacer la guerra al de Azcapuzalco, que era lo que mas le importaba, y les exhortó á que con la mayor presteza que pudiesen las levantasen, y se pusiesen con ellas en campaña.

Retiráronse con esto los señores á sus estados, y comenzaron desde luego á hacer sus prevenciones. En las tierras imperiales se habian levantado ya muchas tropas; pero sin embargo dió la orden el emperador á sus capitanes de continuar con fervor en aumentar todas cuantas pudiesen, y hacer todas las demas prevenciones necesarias.

## CAPITULO XXX.

*Mueren los reyes de Méjico y Tlatelolco, y sucede en Méjico Chimalpopoca, y en Tlatelolco Tlacateotzin, y ambos entran en la liga del rey de Azcapuzalco contra el emperador.*

Hallábase ya por estos tiempos considerablemente aumentada y populosa la ciudad de Méjico, con la venida de los nuevos pobladores mexicas, de que di noticia en el capítulo XXVII, los cuales desde luego se dedicarían á la construccion de chinampas, á la fábrica de sus casas y cultivo de sus sementeras, y al tráfico mercantil, conduciendo en sus canoas sus frutos á otras partes, y de estas á su ciudad aquello de que mas carecian, con el mejor método y gobierno, ordenado y dirigido todo por su sabio príncipe Huitzilihuitl, con lo que crecía cada dia la gloria de su nacion bajo de su acertada conducta.

Pero cuando mas alegres gozaban todos sus vasallos de la agradable sombra de su rey, se los arrebató la muerte de un accidente que le acometió, y en pocos dias de enfermedad le quitó la vida el dia primero de su año de tres (1) conejos, señalado entre ellos con el ge-

(1) Así dice en ambos M. S.; pero debe ser *trece conejos*, como lo podrá comprobar cualquiera que se tome el trabajo de recorrer una serie de diez años, comenzando desde el expresado de trece conejos hasta el de nueve cañas, que es al que se refiere el calendario que aparece en la pág. 121 del primer tomo. Corrobórase con las tablas cronológicas con que concluye el primer tomo, en las cuales se ve que el año de 1414 no fué señalado con tres, sino con trece conejos.—E.

roglífico de nueve conejos, por ser el noveno dia de la semana, y correspondió al dia dos de febrero del año de 1414.

Mucho lloraron los mejicanos esta pérdida acaecida cuando ménos la esperaban, fiados en su mozedad y robustez, y á la verdad era muy justo el motivo de su llanto, pues á mas de ser sus relevantes prendas personales acreedoras al mayor aplauso, el acierto, su liberalidad, su esmero en procurar, no solo el bien de todo el público en comun, sino de cada vasallo en particular, socorriendo al necesitado, consolando al afligido, castigando al delincuente para satisfacer al agraviado, y finalmente exaltando por estos y otros medios sabios y justos su nacion, haciéndola admirar y respetar de las demas, eran unos motivos muy poderosos para cautivar las voluntades de sus súbditos, que sobre todo lo dicho le miraban como á su libertador, pues por medio de su matrimonio, y la cordura con que supo manejarse con el rey de Azcapuzalco su suegro, logró libertarlos de la dura opresion en que estaban con la pesada carga de sus tributos. Diéronle sepultura al dia siguiente en el cerro de Chapoltepec, con todos los honores y pompa debida á su real dignidad, segun la costumbre de los toltecas.

El padre Torquemada en la vida de este rey dice que casó primero con la hija de Tetzotzomoc, á la que llama Ayauhcihuatl, y que despues viviendo esta casó tambien con Miahuaxochitl, á quien hace hija del señor de Quauhnahuac; y despues refiere que el príncipe Maxtla, disgustado de que hubiese casado con su hermana, le envió á llamar para hacerle matar; y habiendo ido Huitzilihuitl al llamado de Maxtla, le hizo cargo este de

que estaba casado con su muger, que se la tenia usurpada, y que su padre el rey Tetzotzomoc no podia hábersele dado, siendo muger suya, y dice el referido padre Torquemada entre paréntesis: *(segun esto, ó no era esta señora hija del emperador Tetzotzomoc, padre de este Maxtla, ó si lo era debia ser de diferente madre, y medio hermana suya, y en aquellos tiempos debian de casarse así)*. Sigue despues su relacion del cargo que le hace Maxtla á Huitzilihuitl, la respuesta de este á quien deja ir libre y ejecuta su venganza en un hijo que tenia ya el rey Méjico en Ayauhcihuatl, llamado Acolnahuacatl, por temor de que su padre Tetzotzomoc no le deje por heredero y le despoje del reino; y finalmente concluye diciendo que de esto ha nacido que algunos hayan escrito que los tecpanecas mataron á Chimalpopoca, niño de nueve años, que es patraña, por no estar instruidos en la historia.

Yo me persuado á que tan fabuloso es lo uno como lo otro, y la misma relacion del suceso, segun la trae el autor, en sus inconsecuencias; contradicciones y extravagancias está manifestando su falsedad. Por lo ménos yo en ninguno de cuantos monumentos tengo he hallado la una ni la otra noticia, ni otra cosa que lo que dejo referido, ni ménos he hallado que entre estas gentes hubiese la costumbre de casarse los hermanos, aunque no fuesen mas que de padre ó de madre, ni he encontrado ejemplar alguno de esto en toda su historia.

Concluida la funcion, se juntó el senado para tratar de la eleccion de nuevo rey, y en el mismo dia, que fué el cuatro de febrero del propio año de 1414, eligieron á Chimalpopoca, hijo tambien de Acamapichfli y hermano del difunto rey, que á la sazón pasaba de

cuarenta años, y con el motivo de haber vivido siempre en la ciudad de Méjico al lado del rey su hermano, empleado en muchos graves negocios del gobierno, tenia toda la instruccion necesaria para poder continuar en él con acierto, siguiendo las sabias máximas de su antecesor.

Dieron cuenta luego al emperador, disimulando la colusion en que habian entrado con el rey de Azcapuzalco, y el emperador, dándose tambien por desentendido de saberla, confirmó la eleccion. Fué tambien esta agradable al de Azcapuzalco, á quien inmediatamente dieron noticia, porque creia que Cimalpopoca era igualmente adicto á su partido, y habia concurrido con su hermano á las juntas; y con esto pasaron inmediatamente á jurarle solemnemente segun su costumbre.

Hallábase todavía soltero porque con la mala costumbre introducida de tener concubinas en quien saciar sobradamente su apetito, les hacia poca fuerza no casarse; pero luego que se vió colocado en el trono, al que hasta entónces no ascendian sino los hijos legítimos (bien que no por el orden de sucesion de padre á hijo, sino de hermano á hermano, como ya he dicho) determinó casarse, y para ello eligió á una hija del rey de Tlatelolco, nombrada Matlalatzin, con quien efectivamente se desposó, siendo ella muy jóven, á gusto y satisfaccion de sus pueblos y de los de Tlatelolco, que con este nuevo vínculo estrecharon mas su union y amistad. Pero al regocijo de estas bodas siguió poco despues el grave pesar de la muerte de Quaquahpitzahuac, rey de Tlatelolco, que era ya muy anciano, y falleció á los fines de este mismo año, y por su muerte dice D. Fernando de Alba en una de sus relaciones que le here-

dó su primogénito Amatzin, quien pocos días despues de su exaltacion al trono murió, y heredó el reino el hijo segundo llamado Tlacateotzin; pero otros dicen que este sucedió inmediatamente á su padre Quaquaupitzahuac, quien así lo ordenó en su muerte, privando de la corona á Amatzin su primogénito; por afeminado y cobarde, no juzgándole digno de reinar.

Si así fué, no es sin ejemplar, pero sí digno de admirar entre estas gentes, cuyos sabios príncipes mas cuidaban de dejar sucesor que gobernase con acierto sus estados, y mirase por el bien de sus vasallos, que no de que heredasen sus hijos las tierras y dominios, con daño de sus súbditos; y así escojían entre los hijos el mas á propósito, aunque no fuese el mayor, exheredando facilmente de la sucesion al primogénito, cuando no hallaban en él las prendas necesarias para reinar.

Así lo ejecutó el emperador Quinantzin con los cuatro hijos mayores, nombrando para sucederle al quinto que fué Techotlatatzin, y Acolniztli, rey de Coahuatlacan, que nombró al hijo segundo Motezuhuma, exheredando á Coxcoz su primogénito, porque perdió el reino de Culhuacan. Pero siempre que en el primogénito hallaban suficiencia para gobernar, era preferido á los demas hijos en todos los reinos y señoríos de estas tierras, en que sucedían por herencia de padres á hijos. No así en el reino de Méjico, que así como fué en los principios electivo, lo fué siempre hasta su destruccion, y el senado mejicano ó supremo consejo de los varones mas ilustres y ancianos, que era el que hacia la eleccion guardó otro orden y métodos en la sucesion de sus reyes pues aunque los eligió siempre de una misma familia y descendencia, que fué la de su antiguo rey

Huitzilihuitl, como se ha visto hasta aquí y se verá en adelante, no seguían la sucesion de padre á hijo, sino de hermano á hermano, por que decían que los hijos de un mismo padre eran todos igualmente acreedores á la dignidad, y debían suceder en el reino por sus edades; y acabados estos volvía la sucesion á los hijos del hermano mayor por el mismo orden. Así acabamos de ver que, sin embargo de que el rey Huitzilihuitl dejó sucesion, no eligieron sino á su hermano Chimalpopoca, pero observaron tambien la costumbre de elegir al mas á propósito, pretermitiendo al que no lo era, aunque fuese el inmediato, segun el dicho orden de sucesion que guardaban, como véremos adelante.

El nuevo rey de Tlatelolco era tan adicto al partido de Tetzotzomoc, que era el general de sus armas, y así es fácil de creer cuan agradable le seria su exaltacion al trono. Dieron tambien cuenta de ella á Ixtlixochitl, quien, con igual disimulo que en la del rey de Méjico, la aprobó, manifestándose muy satisfecho.